



Reflexiones en los treinta años de COPEI

LUIS UGALDE

“El COPEI es un movimiento venezolanista que busca consolidar por medio de una legítima organización nacional los propósitos e ideales que impulsaron el movimiento revolucionario del 18 de octubre”.

Así reza el marco de entrada de los Estatutos de COPEI del 13 de enero de 1946. Doce días más tarde el COMITE DE ORGANIZACION POLITICO ELECCIONARIA INDEPENDIENTE (C.O.P.E.I.), dirigía una carta al Ciudadano Encargado de la Gobernación del D.F., Gonzalo Barrios, pidiendo la legalización del movimiento. Aquellas 12 firmas jóvenes en menos de treinta años se convirtieron en la amplia cosecha de millón y medio de votos.

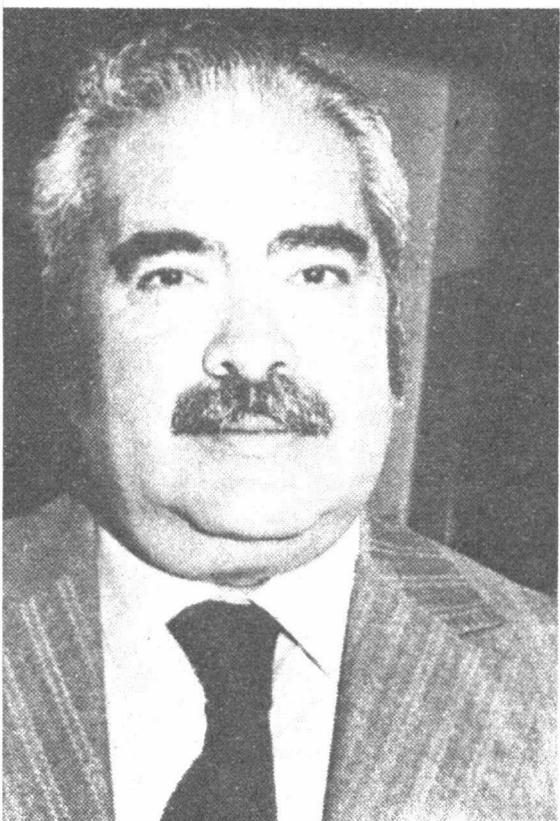
Eran tiempos difíciles aquellos en que AD señoreaba con autosuficiencia y sectarismo respaldado visceralmente por el pueblo al que abrió las puertas de la política. Quienes iniciaban el movimiento en 1946 habían expresado sus convicciones en la Unión Nacional de Estudiantes al ocaso del gomecismo. Todo auguraba derrota de este grupito entusiasta de egresados de colegios católicos; todo excepto su decisión y el vigor de sus convicciones. El país era católico pero anticlerical, al menos sus élites políticas y las juventudes universitarias; un anticlericalismo lleno más de desdén y burla que de ira. Los jóvenes uneístas serían tachados de cureros a causa de sus convicciones. La guerra civil española y luego la guerra mundial, provocaban en Venezuela el rechazo del fascismo; los nacientes copeyanos recibirían el mote de falangistas. Se debatía la expulsión de los jesuitas del país; y las caricaturas políticas presentaban a los copeyanos en indumentaria jesuítica. Mientras AD se sobraba y marchaba al copo total de la expresión política del país, los novatos copeyanos recibían su bautismo de fuego y plomo en el Nuevo Circo en 1946. En estas circunstancias era difícil soñar que a la vuelta de pocos años ese puñado de jóvenes llegara al gobierno por elecciones. El primer mérito de COPEI como partido nacional es el haber llegado a ser en todo el ámbito de la república. Gracias a las profundas convicciones cristianas de sus fundadores, a su tenacidad organizativa, a su capacidad para sobrellevar las derrotas con gallardía y a la hábil conduc-

ción de Rafael Caldera el mensaje de COPEI fue arraigando en la juventud, en los campesinos, en la clase media, en los obreros... hasta lograr el triunfo electoral.

COPEI nació como expresión del voto cristiano militante que encontraba acogida en el regional-cristianismo de Los Andes y en la derecha huérfana de expresión política al ocaso de López Contreras, así como en el voto reaccionario -en el sentido más literal del término- que no tenía otra manera de expresar su voto contra la amenaza que veían en el izquierdismo de diversas modalidades de la “Generación del 28”. COPEI, a pesar de esta identificación social y de la vaporosa ambigüedad de su programa inicial, no era -en el sentir de sus creadores- un partido clerical y derechista con nostalgia de pasado como ocurría con los partidos conservadores de otros países latinoamericanos, sino que traducía la impaciencia reformadora de las nuevas generaciones que querían una presencia activa en la política. Este afán reformador, todavía incipiente en la UNE, y casado con la más primitiva reacción primitiva en el MAN, aparece encabezando el programa de COPEI. El 22 de marzo de 1948 se convierte en partido político y proclama en su programa el siguiente principio rector: **“COPEI aspira a una honda reforma para dar a las clases desposeídas un grado humano de bienestar y de seguridad social. La justicia social, inspirada en la idea cristiana de la dignidad del trabajo y tendiente a realizar un sano equilibrio que ofrezca base sólida a la paz social, será norte seguro de la acción revolucionaria de COPEI”.**

Los jóvenes más inquietos e idealistas de los colegios, de la acción católica y de otras organizaciones cristianas iban a nutrir la dirigencia del partido verde. No sin razón se señala a los colegios católicos y a muchos sacerdotes como las mejores fuentes de reclutamiento copeyano.

A partir de 1958 se acelera la expansión de COPEI gracias a una definición



mayor en torno a la doctrina social de la Iglesia y la entrada al gobierno de coalición con su viejo enemigo visceral, el partido AD. A pesar de su fuerza numérica menor fue un apoyo tan eficaz como el propio AD para el gobierno de Betancourt. La participación en la política reformista distanció a ciertos apoyos reaccionarios pero le abrió al contacto de obreros, campesinos y estudiantes en liceos y universidades nacionales.

En los primeros años de la década del sesenta el medio estudiantil se convirtió en el campo más propicio para el crecimiento social cristiano. Brillaba sobre el continente latinoamericano la estrella de Cuba. En Venezuela, liceístas y universitarios eran izquierdistas con la pasión, integridad e ingenuidad emotiva con que pueden serlo unos muchachos. Estalló la lucha armada. AD, que controlaba las organizaciones obreras, no tenía más que la represión para enfrentar a los jóvenes. El MIR había optado por la subversión llevándose la numerosa juventud acciondemocratista. Fue COPEI la encargada de desarrollar un idealismo revolucionario anticomunista en fuertes sectores de la juventud. Revolucionarios en el idealismo doctrinario y defensores del sistema en lo político-social, surgieron numerosos y excelentes cuadros en la lucha universitaria. Esta era un tanto primitiva -vista en perspectiva- y simplista, pero capaz de curtir héroes y líderes. La pugna tomaba más un carácter doctrinal-religioso en la universidad, mientras que afuera cantaba el plomo de la lucha subversiva y la represión gubernamental. Los infantiles argumentos de los manuales soviéticos sobre la eternidad de la materia o la inexistencia del alma eran refutados por argumentos no menos pomposos e inconsistentes. En la discusión propiamente política cada bando se limitaba a repetir la cartilla aprendida sin verificar su justeza para Venezuela: para unos la burguesía se apropiaba de la plusvalía del proletariado y éste estaba alzado o en vísperas para tomar el poder e instaurar la dictadura del proletariado y nacionalizar todos los medios de producción; los otros respondían con la cantinela de ni capitalismo liberal, ni totalitarismo comunista sino justicia social para todos los hombres.

Fueron años de crecimiento para COPEI y de esa lucha surgieron muchos jóvenes que hoy destacan en la dirección nacional socialcristiana y otros optaron por diversas vías al socialismo. No faltaron en COPEI conatos para rescatar el idealismo revolucionario de su función legitimadora del orden existente y abrir los cauces a la discusión sobre los medios concretos de hacer viable la justicia social. A pesar de que la comunicación con los marxistas permanecía cerrada a cal y canto, el debate

de la propiedad privada hizo entrada en la juventud copeyana. Los "astronautas", los "avanzados" y la futura izquierda cristiana empezaron a vislumbrar la necesidad de abordar la realidad económica que dividía la sociedad en clases sociales. Rafael Iribarren fue expulsado, Abdón Vivas Terán destituido como secretario juvenil nacional y Marta Sosa cuestionado duramente.

Después llegó el triunfo electoral, aprovechando la debilidad de AD recién dividida. La brillantez del candidato se unió al entusiasmo y a la organización. COPEI había madurado, su organización, cubría todo el país y se gloriaba de ser un partido de clara definición doctrinal. Sin embargo ahí mismo residía su indefinición verdaderamente política. Al menos para una interpretación benévola, la proclamación doctrinal revolucionaria, carente de la especificación de los medios concretos, de los métodos y del sujeto social para hacer realidad ciertos postulados que pudieran ser avanzados, hacían del partido un conglomerado ambiguo. Para la interpretación más dura, COPEI era la expresión más refinada de la política de la burguesía que manipulaba las palabras revolucionarias vaciándolas de contenido. Esta ambigüedad fue estudiadamente mantenida durante la campaña para lograr el apoyo de la burguesía y a la vez capitalizar el descontento popular y las esperanzas de la clase media. El idealismo revolucionario de jóvenes cristianos y los intereses de acérrimos anticomunistas y empresarios se dieron la mano tras el camaleónico lema de "cambio". Su absoluta y estudiada indefinición permitía que cada uno lo definiera a su gusto. Obtenido el triunfo electoral por escaso margen, COPEI no acertó a remontar esa precariedad desde el gobierno. No definió claramente cuáles eran las fuerzas sociales que pudieran beneficiarse de su programa y cuáles la iban a enfrentar. No incrementó la capacidad política del pueblo como respaldo firme a los cambios, ni llegó a definir cuáles eran esos cambios. La historia juzgará al gobierno de COPEI como mejor o peor que el precedente y el siguiente, pero no creo que lo señale como un gobierno de "cambio". Este no pasó más allá de "cambio de caras" y a veces de estilo. Tal vez la política exterior fue una moderada excepción. La política copeyana no fue suficientemente izquierdista como para lograr el apoyo irrestricto de quienes pudieran beneficiarse como clase, pero sí fue lo bastante para lograr que la derecha prefiriera a Acción Democrática para el siguiente período. Las circunstancias internas, la candidatura y la forma de orientar la campaña hicieron el resto; frenados por el viento contrario de la inflación, para llegar a la llamativa derrota de 1973. Para este año ya la inflación era una realidad incipiente que pesó mucho en fa-

vor del candidato Carlos Andrés Pérez.

Más allá de errores de estilo, de falta de honestidad administrativa en algunos y de arrogancia que fueron fallos ciertos, pienso que el paso por el gobierno demostró la insuficiencia (si de veras se quiere un cambio) o la falacia (si se quería un cambio sin cambiar) de las proclamas abstractas de justicia social y promoción popular. Al divisar las contradicciones sociales que suscita el crecimiento real del poder popular o las transformaciones económicas, se optó por la evasión o la inhibición.

APORTES ESPECÍFICOS DE COPEI.

Si se puede afirmar que el gobierno de COPEI fue más o menos un gobierno de Acción Democrática, no podemos pasar por alto ciertos aportes más sutiles, aunque no menos importantes de la democracia cristiana en Venezuela.

La alternabilidad. Es realmente significativo que la hegemonía acción democrática fuera quebrada y en el país se diera la alternación, aunque ésta sólo fuera de hombres y no de programas y realizaciones. Romper el monopolio político y lograr una pacífica transmisión del poder no es algo trivial en la dolorosa historia de la república venezolana.

Desclericalización de la política. COPEI, partido de inspiración cristiana tuvo el acierto de no hacer una política clerical. No hubo ni beneficios ni privilegios para la Iglesia y ello —si bien frustró a no pocos clérigos y laicos nostálgicos de la cristiandad perdida— hizo un gran bien al País y la Iglesia. Incluso cierto complejo de los acusados de clericales en el pasado contribuyó a que los socialcristianos fueran más despegados de los intereses de la Iglesia que los adecos propensos al otorgamiento de ciertos beneficios que contribuyeran a crear satisfechos "curas de misa y olla". Es verdad, hubo cierta frustración en no pocos clérigos al ver que COPEI no significaba la llegada de la Iglesia al poder. Pienso que con ello se ha contribuido a desclericalizar y desacralizar la política, más que con las actitudes anticlericales del trienio adeco que provocaron reacciones militantes.

Liberación partidista de la Iglesia. También otros sectores cristianos quedaron decepcionados al sentir que el gobierno socialcristiano carecía de la pasión combativa que era necesaria en Venezuela para tomar decisiones significativas en orden a la liberación del pueblo. Para muchos el paso de COPEI por el gobierno supuso el fin del sueño del partido cristiano. COPEI con su acción de treinta años ha liberado a los demás partidos de su anticlericalismo y a su vez ha motivado para sentirse menos atado al socialcristianismo.

PERSPECTIVAS DE COPEI.

COPEI llega a su trigésimo aniversario en un mal momento interno. La derrota de las elecciones pasadas y la división interna -conocidas de todos- están impidiendo las tareas más urgentes que le aguardan al partido. La situación nacional es propicia para ofrecer una alternativa al deterioro del gobierno.

Personalmente opino, sin embargo, que COPEI no puede lanzarse a la pugna electoral sin hacer una redefinición de sí mismo. ¿Qué tiene que ofrecer COPEI como alternativa política real a Venezuela en el último cuarto del siglo XX que inauguremos este mes? Pienso que COPEI está necesitado de una definición política real que durante años ha sido sustituida por una mera proclamación doctrinal. Como dice Pablo VI "la acción política -¿es necesario subrayar que se trata ante todo de una acción y no de una ideología? - debe estar apoyada en un proyecto de sociedad, coherente en sus medios concretos y en su aspiración que se alimenta de una concepción plenaria de la vocación del hombre y de sus diferentes expresiones sociales". (Octogésima Adveniens No. 25). COPEI ha tenido dos momentos históricos fuertes de definición, la década del cuarenta y la del sesenta. El papel de enfrentamiento al peligro izquierdista (AD se consideraba así en 1946) en ambos momentos llevó a los socialcristianos a que las posiciones anticomunistas y anticlasistas (lo que es lo mismo que favorecedora de la clase dominante) fueran claras en sus militantes y en sus principios, mientras que las formulaciones positivas de justicia social se limitaban a principios generales que ni partían del análisis de la realidad venezolana, ni revertían a ella en forma de coherente estrategia política para el cambio. La proclamación abstracta de la doctrina social de la Iglesia sin mediación histórica concreta para su realización ha demostrado la debilidad programática de COPEI para cumplir los anunciados anhelos de cambio social. COPEI nació en momentos en que se quería proclamar con firmeza y con cierta simplicidad verdades filosófico-ideológicas para enfrentar a un enemigo. Se nutrió de la doctrina social de la Iglesia que respondía a actitudes defensivas. Los documentos de Pío XI y la coyuntura europea de la preguerra y postguerra estaban marcados por un anticomunismo poco matizado que convertía a la democracia cristiana en punta de lanza del capitalismo como lo ha sido en Alemania. Creo, con todo respeto, que los hombres más brillantes de COPEI han sido formados en un talante intelectual fixista, de proclama y de defensa de verdades ya definidas por León XIII o Pío XI. Les tocó arrancar y luchar en los momentos menos creativos y más defensivos de la

Iglesia de este siglo. Las implicaciones doctrinales y políticas del Concilio Vaticano II, las de los documentos sociales de Juan XXIII y sobre todo la carta Octogésima Adveniens de Pablo VI con su exhortación a que sea en cada país donde se planteen los problemas políticos, han sido poco asimiladas por COPEI. Hay un verdadero miedo a la pérdida de identidad si renuncian a aquella trilogía fixista de doctrinas claras y distintas: capitalismo, comunismo, socialcristianismo. No estoy contra la posibilidad de que un partido se defina así, sino que creo vital para COPEI definir políticamente (en términos de poder social, de modelo de sociedad venezolana buscada y de los medios y conflictos necesarios para lograrla) qué es el socialcristianismo en el plano político y no en el meramente filosófico.

En América Latina y sobre todo en Venezuela las conclusiones del episcopado tomadas en Medellín como examen de conciencia sobre el cristianismo del continente han sido ignoradas por la mayoría de los demócratas cristianos e incluso va apareciendo una queja, coincidente con la extrema derecha, de que ahora los curas y los grupos cristianos próximos a los sectores populares se han vuelto comunistas.

¿Hay una capacidad real de definir su tarea en el último cuarto de siglo en términos positivos y no de simple avanzada anticomunista en el continente como ocurrió en la década del sesenta en Venezuela y en toda América Latina?

No se trata de jugar un poco a la izquierda desde posiciones de derecha como ocurrió en la anterior campaña. Esas son posiciones electoreras. Más bien se trata de tomar en serio (caso de que se quiera mantener la referencia a la doctrina social de la Iglesia) aquella invitación de Pablo VI a las comunidades cristianas de cada país a "analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio (...) porque frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal (Octogésima Adveniens No. 4). Estas comunidades son exhortadas a discernir "las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que aparecen necesarias con urgencia en cada caso": (Ib.).

Esta necesidad de creatividad propia no puede ser sustituida por la falsa seguridad que pudiera dar la repetición de frases de León XIII en la Europa del siglo pasado.

Sin este esfuerzo algunos principios del programa copeyano pueden resultar meramente estériles o convertirse en ins-

trumentos -consciente o inconscientemente- de la derecha defensora de sus privilegios. Me refiero, por ejemplo, a los principios 3, 11 y 16 de su primer programa:

"COPEI propicia (dice el principio 3) la solidaridad y armonía entre las clases y grupos sociales, mediante el reconocimiento de los derechos de cada uno y la sujeción de todos a las superiores exigencias de la Justicia Social y del bien común" Todos sabemos que este "reconocimiento de los derechos" no modifica en absoluto el atropello real que sufre la mayoría de los venezolanos. Si este principio ha de ser inspirador de una acción política habrá que definir cuáles son las fuerzas y realidades que se oponen y cuáles los cambios necesarios y las fuerzas sociales que deben protagonizarlos. En este proceso el conflicto -en sus diversos grados y formas- no puede ser evitado.

"COPEI defiende (principio 11) el derecho de propiedad privada y reclama el cumplimiento de su función social. Procurará una justa distribución de los bienes inspirada en la utilidad común". No creo que ningún político sea hoy tan ingenuo que piense poder cumplir la segunda parte de la afirmación sin conflictos y armónicamente. Si a priori se elimina esto, lo que queda en definitiva es la defensa de la propiedad privada.

"COPEI combate el comunismo como sistema contrario a la paz social y a la justicia, atentatorio a la soberanía y seguridad nacionales y enemigo de la democracia y de la civilización cristiana" (principio 16). Nada más absurdo que pedir a COPEI una aceptación del comunismo en este plano doctrinal, pero es difícil que un partido en 1975 pueda luchar por la justicia en el Tercer Mundo sin analizar a fondo la correlación mundial de fuerzas y enfrentar con realismo los posibles modelos de organización económico-social que puedan contribuir a la independencia de su país. Tampoco parece posible rechazar a priori ciertas alianzas. Precisamente lo más coherente del gobierno de COPEI fue su política exterior por la sencilla razón de que no tenía veto previo -en nombre de supuestos postulados cristianos- para analizar las relaciones mundiales en términos de conflicto y explotación. COPEI correctamente enfocó la liberación del Tercer Mundo como resultado del fortalecimiento de los países dependientes para presentarse unidos a la mesa de negociaciones donde se forcejea de poder a poder. Sin embargo a nivel interno se pretende que haya justicia y armonía por la simple buena voluntad de las minorías que se apropian de la riqueza nacional.

Una apertura sincera al análisis de la situación nacional y al estudio de los me-

canismos concretos que operan para oprimir a la mayoría llevaría a COPEI a una definición política. Definición que requerirá precisar los intereses en juego en la lucha por el poder, los medios concretos para socializar el poder y la riqueza y la precisión de los agentes sociales protagonistas de la nueva Venezuela. Así —y sólo así— se haría verdad histórica aquel párrafo que encabeza el primer programa copeyano: “COPEI lucha democráticamente por realizar los mejores anhelos de la Nación y satisfacer las necesidades de sus clases populares”.

Pienso que sin este esfuerzo COPEI podrá seguir siendo un partido electoral —quién sabe si incluso con más éxito a corto plazo— pero sus principios fundamentales se quedarán en meros instrumentos de manipulación ideológica pues prometen una liberación social que no se está dispuesto a implementar. No se trata de que los socialcristianos tengan que aceptar sin más los modelos sociales instaurados en los países donde los partidos comunistas son gobierno. A pesar de sus enormes logros, están a la vista sus limitaciones e incluso sus situaciones de opresión. Pero el análisis real de nuestra situación debería llevar a ahondar en las vetas que en la propia tradición socialcristiana apuntan tímidamente hacia una acción liberadora. Me refiero al comunitarismo que se levanta de cuando en cuando como bandera idealista e indeterminada. ¿No se podría precisar en concreto el modelo económico donde el trabajo colectivo gestionado y apropiado colectivamente tuviera un papel central junto con las empresas del estado? ¿Y las formas solidarias de organizar la sociedad y el poder?

Al cumplirse los treinta años uno desea que en COPEI se desate un verdadero período de análisis y búsqueda en plena libertad y armonía de la alternativa que van a ofrecer a la Venezuela de fines del siglo XX con el fin de lograr que el hombre y todos los hombres de Venezuela sean verdaderos soberanos de sus riquezas naturales y del fruto de su trabajo disfrutado en solidaridad y participación colectiva.

Tal vez el actual clima de aceptación del hecho casi evidente de la candidatura presidencial de Luis Herrera Campins permita cierta reconciliación interna. La concentración de todos los esfuerzos en el estudio de alternativas reales y en la comunicación de las mismas con toda la población permitiría terminar el año que iniciamos con una situación menos trágica y lamentable que la existente en vísperas de la Navidad de 1975. La creatividad en los partidos —sin ataduras paralizantes al pasado— puede contribuir a salvar a Venezuela y a los propios partidos. ●



¿Requiem por la Doctrina Social de la Iglesia?

EDUARDO J. ORTIZ

CRISIS DE UNA METODOLOGIA

Hoy la “doctrina social” de la Iglesia se encuentra en una crisis total e inevitable, que sólo podrá ser superada a través de una autocrítica valiente y sincera.

Es importante caer en la cuenta de que la crisis no afecta sólo a los contenidos, sino que alcanza también y sobre todo a los métodos por los que se ha llegado a construir todo un sistema, que hoy se nos presenta como trasnochado. Por eso es necesario abrir nuevos caminos. No se trata de una crisis de entusiasmo, que se arreglaría con slogans renovados o con una resurrección prometéica de la mística de equipo. Es algo más radical. Hay que preguntarse si las fuentes de las que tradicionalmente ha bebido la “doctrina social” cristiana siguen manando.

Fundamentalmente estas fuentes eran tres, mutuamente complementarias: el evangelio, las declaraciones del magisterio y la ley natural. En una época no muy lejana, su estudio ha servido al cristiano para encontrar una identidad y universalidad cuyo impacto ha sido históricamente innegable. ¿Pero es esto hoy suficiente? ¿Es ahí donde el cristiano puede encontrar ahora las soluciones que hagan presente al mundo la buena nueva de salvación?

Cualquier exegeta nos dirá que el evangelio, y la biblia en general, no contienen en lo político máximas intemporales de valor eterno, transplantables sin más a las situaciones actuales de la sociedad. La Biblia es más bien un testimonio histórico, de cómo diversas épocas y culturas han encontrado en el mismo Dios diversas respuestas a problemas diferentes. Por eso un cristiano no queda desorientado por las “contradicciones” de la Escritura, sino que ve en ellas la pedagogía de un Dios que respeta a su interlocutor, con sus limitaciones culturales, y le habla a través de sus propios esquemas de expresión. Esto, de paso, aclara el anacronismo de quienes buscan en el evangelio pronunciamientos sobre las revoluciones sociales de nuestro tiempo, como si Cristo pudiera hablar en el s.I con categorías socio-políticas que satisfagan a los análisis logrados tras miles de años de búsqueda.

Las limitaciones actuales del magisterio son de otra índole. Aquí no se trata de distancia de siglos, ya que éste sigue teniendo voz en nuestros días. En este caso la distancia se mide en kilómetros; es decir, no es posible pronunciar una única palabra para situaciones abigarradamente múltiples. Es el mismo magisterio quien lo reconoce.

“Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es ésta nuestra ambición, ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia”. Pablo VI: “Octogesima Adveniens”, n. 4.

En otras palabras, el centro de gravedad se ha desplazado del centro a la periferia, y de la escucha a la inventiva. No se pide la aplicación de recetas cuidadosamente racionadas para hacer en todas partes el mismo pastel. Se necesitan cristianos imaginativos, más que corderos mansamente sumisos a la voz de su amo. Es más difícil ser fiel al espíritu que perfecto calquista de la letra, pero es esa fidelidad al Espíritu que “sopla donde quiere, pero no se sabe de dónde viene ni a dónde va” (Jn 3.8) la que permite al cristiano nacer de nuevo.